

San Mateo



21 de septiembre de 2024

Ef 4, 1-7.11-13

Sal 18

Mt 9, 9-13

P. Eduardo Suanzes, msp

La idea de que Dios ofrece la salvación a todo hombre sin distinción, se concreta en la llamada de Mateo, el recaudador. Su profesión de publicano o recaudador de impuestos, por su reconocida codicia y el abuso que hacían de la gente, lo asimilaba a «*los pecadores*» y lo excluía de la comunidad de Israel.

Aunque hoy seguimos empleando la misma palabra, «pecadores», el concepto tiene poco que ver con lo que se quería decir entonces, en tiempos de Jesús. Pecadores eran, en aquella época, los impíos, los descreídos, los paganos, los irreligiosos. Eran los que vivían en un incumplimiento externo de la Ley; bien porque no la conocían, bien porque pertenecían a grupos sociales que se consideraban por sí mismos reprobables, independientemente de la actitud de cada individuo. Los recaudadores (publicanos) eran considerados traidores a la alianza por colaborar con la ocupación romana¹.

Mateo esta «*sentado* », es decir, instalado en su oficio (el mostrador de los impuestos). Jesús lo invita con una palabra: «*Sígueme*». Mateo «*se levanta*», y sigue a Jesús. Con esta sencilla expresión se nos está mandando un aviso. Se nos indica aquí plásticamente cómo ***el seguimiento es la expresión práctica de la adhesión a Jesús***. Es decir, que podremos decir que creemos en Jesús, que somos cristianos, pero si en nuestra vida no hay un “levantamiento”, un dejar nuestras cosas para hacer las cosas de Jesús, siguiéndole, en realidad permanecemos sentados, apoltronados en nuestro espacio, como la vida de Mateo antes del «*sígueme*». El pasado pecador de Mateo queda borrado. De hecho, Mateo abandona su profesión (se levantó); y como tantos otros paralíticos curados por Jesús, comienza una vida nueva.

Luego, en la casa, se encuentran, Jesús y sus discípulos, reclinados a la mesa: postura propia de los hombres libres, pero llegan muchos recaudadores y pecadores y se reclinan con ellos. En los evangelios, las comidas-banquete de Jesús son figura del reino de Dios. La escena significa, por tanto, que también los excluidos de Israel van a participar de él. Con Jesús se ha abierto la puerta a los pecadores. Esta «llegada» de los «*recaudadores y pecadores*» para estar a la mesa con Jesús y los discípulos en el acto de perfecta amistad y comunión, indica que también ellos han dado su adhesión a Jesús y constituyen un nuevo grupo de discípulos. Su fe, su adhesión a Jesús, ha cancelado su pasado, son hombres que van a comenzar una nueva vida. Y es aquí cuando se nos da otra advertencia: ***no es condición para el reino la buena conducta en el pasado ni la observancia de la Ley***. Basta la adhesión a Jesús.

¹ FRAY MARCOS. *Dios es amor incondicional*. En www.feadulta.com

Entonces llegan los fariseos, los que profesaban la observancia estricta de la Ley y se guardaban escrupulosamente del trato y del contacto con las personas impuras (pecadores). Se dirigen a los discípulos y les piden explicaciones sobre la conducta de su maestro. Responde Jesús mismo con una frase proverbial sobre los que necesitan de médico. Y además les dice que «Dios quiere misericordia antes que sacrificios». Y este es el tercer aviso: ***Dios requiere el amor al hombre antes que su propio culto***. Esto invierte las categorías de los fariseos, que cifraban su fidelidad a Dios en el cumplimiento exacto de todas las prescripciones de la Ley, pero condenaban severamente a los que no las cumplían.

La frase final de Jesús «*no he venido a llamar a justos, sino a pecadores*» tiene un sentido irónico. «*Justos*», que no van a ser llamados por él, son los que creen que no necesitan salvación. «*Pecadores*», por tanto, tiene un sentido amplio: son aquellos que no están conformes con la situación en que viven, que desean una salvación. «*Justos*», por oposición, son los que están satisfechos de sí mismos y no quieren salir del estado en que viven².

Pero fijémonos en algo muy interesante del texto original en griego. En el texto griego (no la traducción que nos ofrece la Liturgia) tanto la palabra «*justos*» como «*pecadores*», no tienen artículo, lo cual cambia sustancialmente el sentido de la frase: «*No he venido a llamar a justos, sino a pecadores*»³. Esta traducción daría por supuesto que no hay justos a quien llamar, sino que todos somos pecadores. Al comer con pecadores, Jesús queda incluido en el círculo de los impuros según la ley judía.

Para Jesús, «pecado» no era la trasgresión fría de una ley, sino una actitud que nace de lo más profundo del hombre. Es una esclavitud a la materia, que es consecuencia de un desenfoque de la realidad. Es fruto de la ignorancia y por lo tanto no lleva consigo una mala voluntad, sino un desconocimiento de la realidad, del hombre y de Dios. Por eso el pecador no era objeto de ningún rechazo por parte de Jesús, sino digno de compasión y necesitado de una enseñanza para que dejara de hacerse daño y pudiera alcanzar su plenitud.

Las primeras comunidades cristianas pronto abandonaron esta comprensión y entraron en una dinámica de rechazo del pecador como los fariseos⁴. Basta con dar un vistazo al recorrido del cristianismo en estos veintiún siglos. Es una pena que nosotros sigamos aferrados a la idea farisaica y hayamos olvidado la visión de Jesús. Ojalá el evangelio de hoy en este día en que recordamos a San Mateo nos abra el corazón para adherirlo al sentimiento de acogida de Jesús.

² Cfr. JUAN MATEOS – FERNANDO CAMACHO. *El Evangelio de Mateo. Lectura comentada*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1981

³ No dice «a los justos», «a los pecadores». Decir «a los justos» indicaría que, de entre todas las personas, hay algunas que son justas.

⁴ FRAY MARCOS, *op.cit.*